AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS

Exposición Histórica, Crítica y Apologetica

Escrita por

L. -CL. FILLION

Consultor de la Comisión Bíblica Pontíficia
Antiguo Profesor de Sagrada Escritura

Estudios Bíblicos N° 2

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7770-460-0
D.L.:Gr- 670-99
Impreso en Azahara S.L.
Printed in Spain

PRESENTACION

Quizá a algunos les parezca que hoy este libro está ya pasado de moda porque los encarnizados ataques racionalistas de los siglos pasados, hoy están totalmente superados. Quienes piensen así se equivocan, porque hoy como ayer, los ataques continuan, y lo peor es que los defienden y mantienen precisamente aquellos que están destinados por la Iglesia para defender a la Biblia de todo error.

Hoy, aunque a muchos les parezca mentira, hay profesores de Sagrada Escritura que enseñan a sus alumnos que los Apóstoles San Mateo y San Juan no escribieron los Evangelios que llevan sus nombres, ni los escribieron ningún otro Apóstol, sino que sus autores permanecen anónimos, aunque la tradición nos haya dicho siempre que fueron compuestos por los Apóstoles San Mateo y San Juan.

También nos dicen que el apóstol San Juan, el hijo del Zebedeo, no es el llamado "el discípulo amado", aquel que estaba con la Madre de Jesús junto a la cruz.

Según estos profesores, el Concilio Vaticano se equivocó y no dijo la verdad cuando afirma: "La Iglesia siempre ha sostenido y sostiene que los cuatro Evangelios tienen origen apóstolico, pues lo que los apóstoles predicaron por mandato de Cristo, luego, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ellos (los apóstoles), y los varones apostólicos, nos lo transmitieron por escrito..." (Dei Verbum, 18). Pues estos profesores enseñan que ninguno de los Evangelios fuera escrito por un apóstol.

Por este motivo, el P. Juan Leal, S.J., en su obra: "Valor Histórico de los Evangelios", obra que acabamos de reeditar, dice: "El estudio de la genuinidad de los Evangelios se propone investigar si los autores son realmente los que comunmente se cree. Si nuestros cuatro Evangelios fueron realmente escritos por dos apóstoles: S. Juan y S. Mateo; y por dos discípulos de los Apóstoles: S. Marcos y S. Lucas.

Esta tesis es de suma importancia para el valor humano de los Evangelios. Las obras de testigos oculares o muy próximos a los

hechos que se narran revisten siempre, en pura historia y crítica, especial carácter de autoridad. Son las fuentes que todo historiador concienzudo y crítico busca, cuando trata de narrar hechos pasados.

El valor de la genuinidad y su importancia en la crítica de los Evangelios lo han comprendido muy bien los adversarios del dogma cristiano.

Se puede decir que los esfuerzos todos de la crítica independiente durante el siglo XIX han tenido como banco la destrucción de la fe cristiana en los autores de los Evangelios.

El blanco útimo era destruir su valor de fuente histórica, pero para llegar aquí era preciso probar que no eran obras del siglo I o por lo menos de testigos presenciales o muy próximos a los hechos. Obras de autores desconocidos, lejanos a los sucesos que narran, que no reflejan ya la fe de la primitiva Iglesia de Jerusalén, sino la fe de las Iglesias del siglo II, esparcidas por el vasto imperio de Roma. S. Juan, S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas son nombres con que se cubrieron los verdaderos autores innominados de los Evangelios o nombres que pusieron los obispos y las Iglesias del siglo II para autorizar entre los fieles dichos escritos.

Si a esta tesis de la genuinidad los adversarios le dan tanta importancia, nosotros los católicos no podíamos descuidarnos; precisaba estudiar en serio la materia, la literatura antigua cristiana, la historia, hacer análisis detallados de los mismos Evangelios para sacar con certeza de crítica-histórica la época de su composición, sus verdaderos autores. Debíamos probar científicamente, por el testimonio externo de los documentos y el interno de los libros mismos, la verdad que creíamos poseer fiados en la fe y confianza que teníamos depositada en el magisterio infalible de la Cátedra de Pedro.

Hasta el siglo XVIII nadie había nunca dudado o negado los autores de los cuatro Evangelios. Se empezó por negar la autenticidad del cuarto Evangelio, con Eduardo Evanson, que fue el primero que salió en 1792 a la lucha. Le siguieron en Alemania, Vogel (1802), Bretschneider (1820), Lützelberger (1840), Baur, el mismo año; Strauss quien, con su Leben Jesu del 1835 y 1864, armó una verdadera revolución en el campo bíblico.

Las teorías y afirmaciones de estos primeros están hoy en el más completo descrédito", afirmaba el P. Leal. Pero parece que no es del todo así, pues muchas de las publicaciones que hoy nos ofrecen algunas editoriales nos hacen pensar seriamente que la guerra aun no ha terminado. Ojalá que este libro del célebre escriturista Fillion, que presento traducido al español, sirva a muchos para afianzar su fe en la historicidad y veracidad de los Evangelios.

Sevilla, a 30 de Mayo de 1.999
Andrés Codesal Martín

EVANGELIO SEGUN SAN MATEO

PREFACIO

I.- NOTICIA BIOGRÁFICA SOBRE SAN MATEO

San Mateo, a quien el testimonio unánime de la tradición designa como autor del primer Evangelio, era probablemente originario de la provincia de Galilea, así como la mayor parte de los demás apóstoles. Sabemos muy poco sobre su persona y sobre su vida. Según San Marcos, II, 14, era hijo de Alfeo, de lo que se ha concluido a veces que era hermano de Santiago el Menor; los Evangelistas nos presentan igualmente a este apóstol como hijo de Alfeo. cf. Matth. X, 3; Marc. III, 18; Luc. VI, 15. Pero esta hipótesis es rechazada con toda razón por la mayoría de los exégetas. En efecto, un simple parecido en el nombre dista mucho de ser suficiente para crear relaciones tan estrechas, sobre todo cuando se trata de un nombre muy común, tal como era entonces el de Alfeo entre los Judíos de Palestina. Por lo demás, ni el Evangelio, ni la tradición cuentan a San Mateo entre los parientes de Nuestro Señor Jesucristo; y sin embargo hubiera sido hermano de Jesús en el caso de que su padre no hubiera sido otro que Alfeo, padre de Santiago. En ninguna otra parte tampoco vemos su nombre relacionado con el de Santiago el Menor.

Mateo es un nombre de origen hebreo. Su pronunciación ju-día era "Mattaï". Los griegos añadiendo una desinencia masculina lo transformaron en "Matzaios", de donde los latinos sacaron "Matthaeus". Significa "don del Señor" y corresponde por consiguiente a "Teodoro" o "Doroteo". El autor del primer Evangelio no se da en ninguna parte otro nombre y sin embargo los relatos paralelos de San Marcos, II, 14 y ss. y de San Lucas, V, 27 y ss. nos enseñan que había llevado el de Leví antes de llamarse Mateo. Los racionalistas, ciertamente, pretenden hallar en esta divergencia de los relatos una contradicción manifiesta; otros

comentaristas suponen que Leví y Mateo eran dos personajes distintos. Pero nosotros no tendremos dificultad en demostrar, cuando estudiemos el hecho de la conversión de San Mateo, según el propio San Mateo, que son suposiciones enteramente gratuitas. Como San Pedro, como San Pablo, como San Marcos, San Mateo habrá tenido sucesivamente dos nombres que han marcados dos periodos completamente diferentes de su vida. Judío, se llamaba Leví; cristiano y apóstol se convirtió en San Mateo. Igual que San Pablo no menciona en ninguna parte en sus Epístolas el nombre israelita que había recibido en la circuncisión, igualmente el primer Evangelista se designa sólo por su nombre cristiano. Y lo pone anticipadamente, incluso antes de convertirse en Apóstol de Jesús. Los otros dos sinópticos, cuya exactitud histórica es generalmente más rigurosa, distinguen por el contrario entre la primera y la segunda apelación.

Antes de escuchar la llamada de Jesús, Mateo o Leví ejercía la función de publicano, es decir recaudador de impuestos. cf. Matth. IX, 9 y los pasajes paralelos. Este oficio, que los Romanos consideraban como un deshonor y los Judíos como un horrible pecado que merecía la excomunión, parece haberle proporcionado cierto desahogo; prueba de ello el lujoso banquete que veremos ofrecerle al Salvador después de su conversión. Tenía su residencia en Cafarnaum, su trabajo junto al lago Tiberiades.

Se conocen las emotivas circunstancias que hicieron del publicano desacreditado uno de los primeros discípulos de Jesús. Si el divino Maestro manifestó la inmensidad de su amor y de su misericordia llamando a Leví a seguirle, éste se mostró digno de tal elección por la prontitud y por la generosidad de su correspondencia a la gracia. Parece haber sido el séptimo apóstol en el orden de la vocación. cf. Joan. I, 37-51; Matth. IV, 18-22. Es el rango que San Marcos, III, 18 y San Lucas, VI, 15; cf. Act. I, 13, le asignan en sus listas. En cuanto a él mismo, toma el octavo lugar y se coloca detrás de Santo Tomás. cf. Matth, X, 3.

No se trata más de él en el Evangelio a partir de su vocación al Apostolado. Sin embargo su nombre vuelve por última vez en los escritos del Nuevo Testamento con ocasión de la bajada del Espíritu Santo y la elección de San Matías. ¿Qué fue de él des-

pués? ¿En qué regiones fue a predicar la buena nueva? Las informaciones de la tradición sobre estos dos puntos son poco numerosas, inciertas y a veces incluso contradictorias. Según los testimonios de Clemente de Ale-jandría y de Eusebio, habría permanecido primero durante algún tiempo en Jerusalén; doce o quince años después de Pentecostés se habría dirigido "a otros". Los otros escritores eclesiásticos de los primeros siglos le hacen ejercer su apostolado tanto en Macedonia, como en Arabia, en Siria, en Persia, en el país de los Medas, o en Etiopía.

Reina una incertidumbre semejante respecto a su muerte. Mientras que Heracleon lo hace morir de muerte natural, otros aseguran que terminó gloriosamente sus días en el martirio. La Iglesia se decidió a favor de esta segunda opinión. Los latinos celebran la fiesta de San Mateo el 21 de septiembre, los Griegos el 16 de diciembre.

II.- AUTENTICIDAD DEL PRIMER EVANGELIO

Se ha recurrido a veces a pruebas intrínsecas para demostrar que San Mateo es realmente el autor del Evangelio que lleva su nombre. Sobre todo las siguientes han sido alegadas con frecuencia: 1º.- San Lucas, V, 29, cuenta que Leví, inmediatamente después de su vocación al apostolado, dio un gran banquete en honor de Nuestro Señor Jesucristo; el primer Evangelio menciona esta comida, IX, 9 y s.; pero sin designar al anfitrión. 2º.- San Lucas y San Marcos, como se ha dicho anteriormente, colocan a San Mateo en el séptimo lugar entre los Apóstoles; el autor del primer Evangelio le da el octavo lugar. 3º.- Este autor es el único que añade al nombre de San Mateo, en su lista de los Apóstoles, el epíteto humillante de publicano. Estos detalles minuciosos, que llamaban ya la atención a Eusebio y San Jerónimo, tienen ciertamente su fuerza probatoria; pero es bien evidente que distan mucho de bastar para demostrar la autenticidad del primer Evangelio. Nosotros los señalamos pues sólo como simple confirmación. Los verdaderos argumentos, cuando se trata de demostrar que un libro es auténtico han sido y serán siempre los argumentos de autoridad o las pruebas extrínsecas. Por tanto nos vamos a apo-

yar especialmente sobre este tipo de pruebas para demostrar que el Evangelio llamado de San Mateo es auténtico en su forma actual.

Distinguiremos para mayor claridad los testimonios de los escritores ortodoxos, los de los escritores heterodoxos y finalmente el testimonio de los Evangelios apócrifos.

I. Los testimonios de los escritores católicos son tanto directos como indirectos; directos cuando afirman positivamente que San Mateo ha compuesto la primera de las cuatro redacciones evangélicas; indirectos cuando se limitan a citar algunos pasajes de esta redacción atribuyéndoles el valor de textos evangélicos.

1º. Testimonios directos.- El más antiguo es el de Papías, discípulo de San Juan, muerto el año 130 de la era cristiana. Este santo obispo en una obra titulada "Comentarios de las palabras del Señor", de la que el historiador Eusebio nos ha conservado algunos fragmentos, asegura que San Mateo expuso las "logia", es decir la historia de Jesús.

San Ireneo, ilustre obispo de Lion, que florecía hacia el final del segundo siglo, escribe en su obra Contra las Herejías, III, 1: "En efecto, Mateo entre los hebreos en su propia lengua también escribió un evangelio".

Clemente de Alejandría, Stromat. I, 21, afirma el mismo hecho.

Eusebio de Cesarea, San Cirilo de Jerusalén, San Epifano atribuyen también a San Mateo, en los términos más formales, la composición del primer Evangelio. "Mateo -dice Eusebio, Hist. Eccl. III, 24- habiendo transmitido su versión del evangelio" y San Cirilo, Catech. XIV, c. 15: "Mateo que escribió el evangelio". Y San Epifano, haer. XXX, c. 3: "A decir verdad, Mateo solo en hebreo... hizo en el Nuevo Testamento la exposición y proclamación del evangelio".

Las mismas afirmaciones en la Iglesia Latina. Tertuliano llama a San Mateo: «fidelísimo compositor del Evangelio». San Jerónimo, de vir illustr. c. III, escribe por su parte: «Mateo, que era también Leví, publicano convertido en apóstol, fue el primero en Judea que compuso el evangelio de Cristo para los que entre los circuncisos habían creído».[1]

A estas afirmaciones patrísticas, que sería fácil multiplicar, sobre todo a partir del siglo cuarto, añadiremos dos testimonios no menos directos y no menos probatorios. El primero está contenido en la célebre pieza conocida bajo el nombre de "canon de Muratori", que data ciertamente del siglo segundo. Menciona expresamente el Evangelio según San Mateo entre los escritos inspirados. El segundo testimonio se deduce de los títulos colocados encabezando el primer Evangelio, ya sea en el texto griego, ya sea en las versiones más antiguas, tales como la Peschito siria y la Itala. Estos títulos que atribuyen uniformemente el primer Evangelio a San Mateo, suponen que desde el origen de la Iglesia, el libro considerado hoy por todos los cristianos como la obra del publicano Leví, existía entre las filas de los fieles bajo el mismo nombre y con la misma autoridad.

2º.- Testimonios indirectos.- Los escritores eclesiásticos de los primeros siglos citan numerosos pasajes del primer Evangelio, dándolos como líneas inspiradas: prueba de que este Evangelio, bajo su forma actual, remonta al comienzo del Cristianismo.

También aquí nos limitaremos a señalar algunos ejemplos.

San Clemente Papa, muerto en el año 101, escribía a los Corintios: "Recordad las palabras de Jesucristo Nuestro Señor. Di pues: ¡ay de aquel hombre! Mejor le hubiera sido no haber nacido, antes que escandalizar a uno de mis elegidos, mejor le hubiera sido atarse una piedra de molino y sumergirse en el mar, antes que escandalizar a uno de mis pequeños".

Hay en estas palabras dos textos de San Mateo, XXVI, 24 y XVIII, 6, fundidos conjuntamente: Comparad también Clem. Rom, I Cor. XIII y Matth. VI, 12.

San Policarpo, discípulo de San Juan, dice a los Filipenses: "Tras recordar las palabras que dijo el Señor cuando enseñaba: «No juzguéis para no ser juzgados (Matth. VII, 1) con la medida que midáis, se os medirá (Matth. VII, 2) y que bienaventurados los pobres y los perseguidos por causa de la justicia». (Matth. V, 3-10). Ver también Ep. ad Philipp. c. VII y Matth. VI, 13; XXVI, 41".

San Ignacio de Antioquía, ad Rom. c. VI, cita textualmente a San Mateo, XVI, 26. Comparad igualmente la epístola de San Bernabé, c. IV, ad. fin. Cita textualmente a San Mateo, XX, 16; Athenagoras, Legat. pro christ. c. XI, XII, XXXII y Matth. V, 44 y ss.; Teófilo de Antioquía, ad Antol. III, 13-14 y Matth. V, 28, 32, 44 y ss. Pero sobre todo en los escritos de San Justino mártir, es donde encontramos donde espigar desde el punto de vista que nos ocupa. Sus escritos contienen un número considerable de textos propios del primer Evangelio, que son citados unas veces tal como los leemos hoy, otras veces después de haber sido combinados los unos con los otros, aunque, incluso así permanecen reconocibles. Había sido imposible para San Justino hacer estas citas si no hubiera tenido a la vista un texto del primer Evangelio semejante al nuestro.[2]

Se entiende ahora que el historiador Eusebio, Hist. Eccl. III, 25, haya contado el Evangelio según San Mateo entre los libros canónicos cuya autenticidad era indiscutible. Se comprende también esta protesta indignada que San Agustín dirigía al Maniques Fausto: «cuando empiece a leer el evangelio de Mateo, inmediatamente dirás que no es de Mateo aquella narración que toda la Iglesia dice que es de Mateo, desde las sedes apostólicas hasta los obispos presentes, en una sucesión segura e ininterrumpida».

II. San Ireneo hablando de los testimonios a favor de los Evangelios hechos por los heréticos de su tiempo, exclamaba con santa alegría: «Tan grande es la certeza respecto a los evangelios que hasta los herejes dan testimonio de ellos y cada uno de ellos intenta ratificar su propia doctrina a partir de ellos mismos». (Contra las Herejías III, 11,7).[3]

Para nosotros así como para el gran doctor de Lyon será consolador ver la autenticidad de los Evangelios, y primeramente la de San Mateo, demostrada por los escritores heterodoxos de los tiempos antiguos.

El famoso Basilides, contemporáneo de los últimos miembros supervivientes del colegio apostólico, cita a San Ma-teo, VII, 6. Conoce también la historia de los Magos como la cuenta el primer Evangelio. (Cf. Hippol Philosoph. VII, 27)[4]

Valentín, éste otro célebre gnóstico, que vivía en la primera mitad del siglo segundo, apoya su sistema herético en dos pasajes del San Mateo, V. 18-19 y XIX, 20 y ss.

Ptolomeo, su discípulo, conoce igualmente varios textos de nuestro Evangelio: podemos convencernos de ello comparando su "Epístola a Floro"; conservada en los escritos de San Epifano, con Matth. XII, 25; XIX, 8; XV, 5 y ss; V, 17, 39.

Isidoro, hijo de Basilides, menciona varios versículos que leemos en el capítulo XIX (10 y ss.) de San Mateo. Cerdón, otro herético del siglo segundo, cita una parte del sermón de la montaña. Otros sectarios menos conocidos, tales como los Ofitas, los Naasenios, los Setios, todos ellos anteriores al siglo tercero, buscan también la base para sus errores en diversos relatos pertenecientes al primer evangelista.[5]

La obra herética conocida bajo el nombre de "Homiliae Clementinae" contiene varias citas evidentemente sacadas del Evangelio según San Mateo, de las que cuatro son literales, diez aproximadas y once un poco más libres.

Tatiano pretende demostrar según San Mateo, VI, 19 la legitimidad de su riguroso ascetismo. Aún más en su "Diatessaron", que es la más antigua de todas las concordancias evangélicas, da una gran parte al relato de San Mateo. Teodoto y Marción hacen también un uso muy abundante del primer Evangelio.

Hasta los escritores judíos y paganos conocieron la obra de San Mateo y rinden testimonio a su antigüedad. Tales son por una parte Celso y Porfirio[6]; por otra los autores israelitas del cuarto libro de Esdras y del Apocalipsis de Baruch.

III. Los evangelios apócrifos forman la tercera serie de testimonios de la antigüedad cristiana, favorables a la antigüedad del primer evangelio canónico. En ninguna parte evidentemente mencionan estos libros la obra de San Mateo; sin embargo varios de sus relatos parecen suponer su existencia en la época en la que ellos mismos fueron compuestos. Esto es particularmente cierto respecto a los escritos conocidos bajo los nombres de Protoevangelio de Santiago, el Evangelio de Nicodemo y el Evangelio según los Hebreos. Por ejemplo el capítulo XVII del

"Protoevangelio de Santiago" tiene como base natural Matth., XIII, 55; el capítulo XXI está en correlación perfecta con Matth., II. Igualmente el capítulo XXVI con Matth., XXIII, 35. Comparad también los capítulos II y IX del Evangelio de Nicodemo con Matth., XXVII, 19, 44-45. En cuanto al Evangelio según los Hebreos, es probable, como diremos más adelante, que deba su origen directamente a la redacción de San Mateo; por tanto demuestra su autenticidad.

De todos los testimonios que preceden podemos concluir del modo más perentorio que el primer Evangelio es auténtico. Cualquiera que se niegue a admitir el valor de estas pruebas que hemos indicado, debería, si fuera consecuente consigo mismo, dejar de creer en la autenticidad de cualquier libro, sea el que sea.

IV. Y sin embargo se encuentran en nuestra época y en gran número, autodenominados críticos que no tienen reparo en considerar el Evangelio según San Mateo como una superchería literaria muy posterior a la era apostólica. Este hecho es en sí mismo bastante extraño; pero lo es aún más el pretender hablar en nombre de la ciencia al formular tal afirmación. ¿Quiénes pueden ser las palancas científicas tan poderosas como para destruir la creencia de dieciocho siglos? A los argumentos extrínsecos alegados más arriba, los adversarios del primer Evangelio no encuentran nada serio que oponer. Todas sus pruebas son intrínsecas y por ello mismo subjetivas, basadas en apreciaciones personales. Bastará mencionar aquí las principales; encontraremos las otras en el comentario a propósito de los hechos particulares a los que se refieren.

1º Nada en el primer Evangelio anuncia que el autor haya sido testigo ocular de los acontecimientos que relata. El apóstol San Mateo habría sido más preciso en cuanto a los lugares, las fechas y las personas.

2º El primer Evangelio pasa completamente bajo el silencio hechos muy importantes de la vida de Jesús. No dice nada, por ejemplo, de su ministerio en Judea, de la resurrección de Lázaro, de la curación del ciego de nacimiento, etc. Por tanto debe ser un discípulo de los apóstoles como mucho quien lo haya compuesto.

3º Algunas acciones o palabras de Jesús son relatadas

varias veces en distintos lugares del Evangelio con ligeras variantes. Compárese IX, 32 y ss. con XII, 22 y ss; XII, 38 y ss. con XVI, 1 y ss.; XIV, 13 y ss. con XV, 29 y ss.; XVI, 28 con XXIV, 34; XI, 14 con XVII, 11 y ss.; V, 32 con XIX, 9; X, 40-42 con XVIII, 5; etc.

4º El primer Evangelio contiene hechos maravillosos, legendarios, que un apóstol ciertamente no habría admitido en su relato. Ejemplos: varias apariciones de ángeles en las primeras y últimas páginas del Evangelio, la historia de la tentación de Jesús, cap. IV; la didracma en la boca del pez, XVII, 24 y ss.; la maldición de la higuera, XXI, 18 y ss.; la resurrección de personas que habían muerto hacía tiempo, XVII, 52 y ss.; etc.

5º Varias profecías del Antiguo Testamento, que el autor del primer Evangelio quería hacer realizar por medio de Jesús, han tenido una influencia visible sobre la narración de ciertos hechos. Véase XXI, 7; XXVII, 3 y ss. Nueva prueba de que ningún apóstol ha puesto aquí la mano.

6º Todo el que lea el Evangelio de San Mateo, si lo hace sin prejuicio alguno, debe darse cuenta del fin dogmático y apolgético que se propuso, que fue demostrar que Jesús es el Mesías predicho por los profetas, y por eso menciona las profecías del A.T. con toda razón para demostrar que en Jesús se cumplieron, y son significativas vg. éstas:

- *"Esto tuvo lugar a fin de que se cumpliese lo que dijo el Señor por tal profeta* (Mt. 1, 22; 2,15,23; 3,14 etc). *Entonces se cumplió lo que se había dicho....* " (Mt. 2,17,27, 9 etc.).

Es fácil responder a todas estas objeciones:

1º Encontraremos casi en cada página del primer Evangelio varios pasajes o varias expresiones pintorescas de los que podríamos servirnos para demostrar que el narrador había visto con sus propios ojos la mayoría de los hechos que ha incluido en su relato. cf. IX, 9 y ss.; XII, 9-10, 13, 49; XIII, 1; XIV, 24-32; etc. Si la redacción de San Mateo, comparada con las de San Marcos y San Lucas, es en general menos precisa y menos detallada, se debe a que su objetivo era más específicamente dogmático. Como diremos más adelante.

2º Las omisiones que se reprochan al autor del primer

Evangelio han sido completamente voluntarias por su parte, ya que se proponía sobre todo contar el ministerio público del Salvador en Galilea. Sin embargo conoce y señala de pasada los viajes de Jesús a Judea; cf. IV, 12; XIX, 1.

3º Las alegadas repeticiones provienen unas veces de un desagradable error de nuestros adversarios, que han identificado cosas completamente diferentes, y otras veces de Nuestro Señor Jesucristo mismo, que ciertamente ha reproducido en diferentes circunstancias, durante su vida pública, ciertas palabras importantes que quería grabar en el espíritu de sus oyentes.

4º y 5º Las dos últimas objeciones atacan mucho más la veracidad del primer Evangelio que su autenticidad. Se basan por cierto en ideas preconcebidas, en prejuicios dogmáticos, que actualmente no debemos tratar.

Mientras no haya otros motivos que alegar contra los Santos Evangelios y, gracias a Dios, no los habrá jamás, podemos considerarlos siempre con confianza como la obra de los santos personajes a los que los atribuye la tradición.

Notas:

1 De Carne Christi, c. XXII, Cf. cont. Marción. IV, 2,5.
2 Véanse las "Apologías" de S. Justino, Edt. Apost. Mariano.
3 Esta obra está publicada por Edit. Apostolado Mariano.
4 Cf. Hippol. Philosoph. VII, 27.
5 Ap. Clem. Alex. Strom. III, 1.
6 Ap. Oig. adv. Cels. 58-65.

III.- INTEGRIDAD

Hacia el final del siglo XVIII y durante los primeros años del XIX, varios críticos, aun admitiendo la autenticidad del primer Evangelio considerado en su conjunto, sin embargo negaron que fuera en absoluto la obra original de San Mateo. Según ellos, los dos primeros capítulos, que cuentan la infancia de Nuestro Señor Jesucristo, ciertamente no se remontarían hasta la era apostólica. Habrían sido añadidos en una época más o menos

tardía por algún compilador desconocido. Dos razones principales eran aducidas por los partidarios de esta singular opinión:

1º Es imposible establecer una armonía real entre los relatos del primer Evangelio y el tercero relativos a la infancia del Salvador. Uno de ellos es pues necesariamente apócrifo; ahora bien éste no puede ser otro que San Mateo, ya que San Lucas se presenta "ex professo", I, 1 y 2, como el historiógrafo de los primeros años de Jesús.

2º Los capítulos I y II de San Mateo faltaban en el Evangelio de los Ebionitas y en el Diatessaron de Tatiano: prueba de que no eran considerados generalmente como auténticos en la Iglesia primitiva. Pero estas razones carecen de valor. Las contradicciones que se ha pretendido hallar entre la narración de San Mateo y la de San Lucas no existen más que superficialmente y en apariencia, tal como demostraremos en el comentario. En cuanto a la omisión de los dos primeros capítulos de San Mateo en las fuentes indicadas más arriba, había tenido lugar evidentemente con una finalidad dogmática, lo que le despoja del significado que se le quería otorgar aquí. Los Ebionitas querían un Mesías completamente humano. Tatiano era un partidario declarado del error de los Docetas. Para los Ebionitas y para Tatiano, la genealogía del Salvador, la historia de su concepción virginal y su nacimiento, su adoración por los Magos, etc., contenían argumentos formales contra sus herejías; encontraron más cómodo suprimir estos hechos de un plumazo. Tal supresión es más favorable que contraria a la integridad del primer Evangelio. Por lo demás, el comienzo del relato de San Mateo se parece demasiado a las páginas siguientes, ya sea desde el punto de vista de las ideas[7], ya sea respecto a la dicción[2], para haber sido insertadas por un falsario. Más aún, este comienzo se da por supuesto en la secuencia de la narración. El versículo 13 del capítulo IV es ininteligible sin el final del segundo capítulo (23). El versículo 1 del capítulo III sería un exordio pésimo; por el contrario se relaciona muy bien con los antecedentes. Lange por tanto ha dicho con toda razón que se podría separar la cabeza del cuerpo igual que los dos primeros capítulos de los siguientes[9]. Si se añade a estas pruebas intrínsecas el testimonio muy formal de varios escritores del siglo segun-

do y tercero[10], se comprenderá que la integridad de nuestro Evangelio está completamente fuera de discusión.

Notas:

[7] On y voit déjà paraître, à cinq ou six reprises, ces citations de l'Ancien Testament qui sont un des caractères principaux du premier Evangile; Cf. I, 22-23; II, 4-6, 45, 47, 48, 23.
[8] Voir Fritzsche, Evangelium Matth. Lipsiæ, 4826, p.849 et ss.
[9] Theolog. Homil. Bibelwerk. N.Test. I Theil, Evangel. Matth. 3ª éd. p. 3.
[10] S. Irénée et Origène citent divers passages de ces chapitres. De même le païen Celse, comme nous l'avons vu précédemment. Cf. Ellicott, Hist. lect. p. 57; Mill, Myth. interpretat of the Gospels, p. 447-474.

IV.- TIEMPO Y LUGAR DE LA COMPOSICIÓN DEL PRIMER EVANGELIO

Entre los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, todos los que han tenido la idea de establecer una comparación entre los cuatro Evangelios desde el punto de vista cronológico, asignan invariablemente la prioridad al de San Mateo. "Con trompeta sacerdotal -dice Orígenes-[1] Mateo fue el primero en proclamar la buena nueva en su Evangelio". Y en otra parte: "Habiendo comenzado Mateo, quien tradicionalmente se admite que fue el primero de los demás que había entregado el evangelio a los hebreos, quienes son creyentes a partir de la circuncisión"[2].

San Agustín es no menos formal sobre este punto: «Escribiendo el evangelio que creemos que fue ordenado por Dios, del nú-mero de aquellos que el Señor eligió antes de la pasión, ocuparon el primer y último lugar dos, el primero Mateo, el último Juan, de manera que los otros dos que no eran de aquel número, pero que sin embargo siguieron a Cristo que hablaba en ellos, fueran protegidos por ambos lados por ellos, como hijos que debían ser abrazados y por ello colocados en el medio»[3].

Estas afirmaciones son confirmadas por el lugar que el Evangelio según San Mateo ha ocupado siempre en el canon del Nuevo Testamento.

Pero ¿en qué época precisa fue compuesto? Esto es imposible determinarlo de manera segura, porque la tradición deja de ser unánime sobre este punto. Teofilacto[4] y Eutymio Zigabeno[5] establecen su aparición ocho años después de la Ascensión. El "Chronicon paschale" y el historiador Nicéforo la sitúan hacia el año 45 ó 48. Eusebio de Cesarea[6], en el momento en que los apóstoles se separaron para ir a predicar el Evangelio por toda la tierra, es decir aproximadamente 12 años después de Pentecostés. Cosmas Indicopleustes[7] piensa que tendría lugar inmediatamente después del martirio de San Esteban; San Ireneo por el contrario la retrasa hasta después del año 60, al decir que San Mateo publicó su Evangelio "cuando Pedro y Pablo predicaban en Roma y fundaron allí la Iglesia.[8]" En efecto, los dos apóstoles no se encontraron juntos en Roma más que hacia el año 66 ó 67 de la era cristiana. Los escritores modernos adoptan tanto una fecha como la otra. Sin embargo la mayor parte se adhiere a la opinión intermedia de Eusebio, según la cual nuestro Evangelio habría sido escrito hacia el año 45. Lo que es cierto es que apareció antes de la conquista de Jerusalén por los Romanos, en consecuencia antes del año 70, ya que los capítulos XXIII y XXIV contienen la profecía de este acontecimiento.

Exégetas contemporáneos[9] han creído hallar en varios pasajes del primer Evangelio indicios de una composición relativamente tardía. Por ejemplo, la expresión "hasta el día de hoy", XXVII, 8; XXVIII, 15, que designaría, según ellos, una época muy posterior a la resurrección del Salvador, o incluso el paréntesis "el que lee que entienda", XXIII, 35, que demostraría que en el momento en que el evangelista escribía estos últimos capítulos, los Romanos avanzaban ya contra Judea. Pero estas interpretaciones son exageradas; "hasta hoy" es una locución judía, que indica sin duda que ha pasado un cierto tiempo desde una época determinada, pero sin exigir que este tiempo sea considerable. Diez años o veinte años serían suficientes. En cuanto al otro pasaje diremos, interpretándolo, que contiene quizá una reflexión del propio Nuestro Señor Jesucristo. Por otra parte, si hubiera sido incluido por San Mateo, como lo creen un gran número de comentaristas, significa simplemente que la catástrofe predecida por el

Salvador se aproximaba, que los síntomas precursores eran visibles, aunque sin embargo no era inminente.

Se ha admitido generalmente que el Evangelio según San Mateo había sido compuesto en Palestina. Ello se deduce muy claramente de los testimonios que nos ha legado la antigüedad sagrada. Baste recordar el de Eusebio, Hist. Eccl., III, 24: "Mateo en efecto lo proclamó primeramente a los hebreos porque iba también a dirigirse a ellos... y transmitió su propia versión del evangelio, por lo demás, con su presencia dio satisfacción mediante su obra a aquellos por los que era enviado".

Según la Synopsis atribuida a San Atanasio, el primer Evangelio habría sido compuesto en Jerusalén: "Como esta ciudad fue el punto central desde donde brilló en todos los sentidos la palabra evangélica, es muy verosímil que también allí viera la luz el primer Evangelio"[10].

Notas:

[1] Hom. VII in Jos. Edit. Ben. t. II, p. 442; Cfr. Iren. adv. hær. III, 4,4.
[2] Comm. in Joann. t. IV, p. 432; Cf. Euseb. Hist. Eccl. VI, 25.
[3] De consen. Evangel. lib. I, c. 2. De même S. Jérôme, de vir, illust. c. III. Voir Arnoldi, Comment. zum Evang. des h. Matth. p. 34 et s.
[4] Praefat. ad Matth. - [5] Comm. ad Matth.
[6] Hist. Eccl. III, 24.
[7] Ap. Montfaucon, Collect. nova patr. graec. t. II, p. 245. Cf. Patritii. de Evangel. lib. III, p. 50.
[8] Adv. Haer. III, 4,4
[9] Hug. Einleitung in die Schrift. des N.T. t. II. $ 5; A. Maier, Einleitung, p. 67.
[10] De Valroger, Introduction historique et critique aux livres du N. Testam.; t. II, p. 26.

VI.- LENGUA EN QUE FUE ESCRITO EL PRIMER EVANGELIO

Este punto sobre el que no existió la menor duda durante numerosos siglos, se ha convertido desde el Renacimiento en el más difícil y el más complicado de todos los que se tratan en una Introducción al primer Evangelio.

Sin embargo la tradición es lo más clara y formal posible cuando se trata de determinar la lengua en la que San Mateo compuso su Evangelio. Nuestros antiguos escritores eclesiásticos afirman unánimemente que fue el hebreo o más exactamente el idioma arameo que se empleaba entonces en toda Palestina, y del que los Talmuds son un precioso resto. Hablando de la autenticidad del primer Evangelio, hemos citado varios de sus testimonios; bastará con recordar aquí las expresiones principales:

Papías: "en dialecto hebreo". Euseb. Hist. eccl. III, 39.

San Ireneo: "en el dialecto propio de los hebreos". adv. Haer. III, 1.

San Panteno, sobre quien Eusebio escribió en su Historia, V, 10: "Se cuenta que, habiendo ido a la India, encontró allí escrito en hebreo el Evangelio según San Mateo que San Bartolomé había llevado a estas regiones". San Jerónimo, de vir. illustr. c. XXXVI, cuenta el mismo hecho: «Panteno encontró que Bartolomé, uno de los doce apóstoles, habiendo llegado había predicado la venida de Nuestro Señor Jesucristo según el evangelio de Mateo que escrito en hebreo, llevó consigo a su vuelta a Alejandría».

Orígenes: "compuesto en escritura hebrea", apud Euseb., Hist eccl. VI, 25.

Eusebio de Cesarea: "en su lengua materna", en la lengua materna de los Hebreos para los que él escribía. Hist. eccl., III, 24. En otra parte: "en lengua hebrea".

San Jerónimo: "Escribió el Evangelio en lengua hebrea"; Praef. in Matth; cf. contr. Pelag. III, 1.

Igualmente San Cirilo de Jerusalén, Catech. XIV, San Epifano, Haeres. XXX, 3, San Juan Crisóstomo, San Gregorio de Nacianzo, San Agustín, en una palabra, todos los Padres de la Iglesia de Oriente como de la Iglesia de Occidente. De la misma manera, a continuación, todos los comentaristas hasta el siglo XVI. Esta larga cadena de testimonios, que remonta eslabón a eslabón hasta la era apostólica ¿no dirime la cuestión a favor del idioma arameo?. Nosotros lo afirmamos sin vacilación, siguiendo a críticos eruditos.

"Ningún hecho relativo a la historia de los Evangelios, -dice

M. Cureton- está establecido de manera más plena y satisfactoria. Desde el tiempo de los Apóstoles hasta el final del siglo IV, todos los escritores que han tenido ocasión de tratar sobre esta materia han atestiguado la misma cosa... de común acuerdo. Tal hecho nos parece bastar ampliamente para demostrar que San Mateo escribió primitivamente su Evangelio en el dialecto hebreo que se hablaba entonces".

A pesar de esta aplastante masa de testimonios, Erasmo el primero trató de demostrar que el Evangelio según San Mateo había sido compuesto en griego, al igual que los otros tres. Sus investigaciones no lo condujeron sin embargo más allá de una simple probabilidad. Thomas de Vio, más conocido bajo el nombre de cardenal Cajetan, inclinado por principio hacia las opiniones novedosas y singulares, adoptó la conclusión de Erasmo. Enseguida fueron seguidos el uno y el otro por numerosos escritores protestantes, que aprovecharon con gusto esta ocasión para atacar el valor de la tradición en general, y para devaluar la autoridad de la Vulgata. El más celebre y el más vigoroso defensor de la nueva tesis fue Flaccius Illyricus, que se dedicó a demostrar su veracidad con numerosos argumentos. Masch a su vez la defendió con mucho ahínco. Hoy en día, todavía, sus principales defensores son críticos protestantes o racionalistas. También hemos sido sorprendidos y no poco al ver a un antaño célebre profesor católico, el Dr. Hug de Fribourg-en-Brisgau poniendo "toda su sabiduría y su raro talento conjuntamente al servicio de esta opinión negativa"[1].

Para romper frontalmente con una tradición tan constante y tan unánime, para poder escribir, como ha hecho Holtzmann[2]: "Respecto a la lengua original del primer Evangelio estamos en condiciones de contradecir toda la tradición", es necesario estar impulsado por poderosos motivos. Examinemos los que nuestros adversarios repiten sucesivamente desde la época de Erasmo y de Flaccius.

En primer lugar se han dedicado a devaluar e incluso a destruir por completo la fuerza probatoria de los testimonios que hemos citado. De todos los Padres, -dicen- Papías es el primero que a transmitido que San Mateo había compuesto su Evangelio

en hebreo; los testimonios siguientes dependen pues del suyo, y están emanando de él como de una fuente única. Ahora bien ¿qué caso debemos hacer, sobre un punto crítico, al juicio de un hombre cuyas "facultades intelectuales -al decir de Eusebio-[3] eran bastante mediocres"?. Algún ebionita le habrá mostrado el Evangelio apócrifo según los Hebreos, afirmándole que era la obra primitiva del apóstol; él lo habrá creído, lo habrá recogido en sus escritos y los otros Padres se habrán hecho eco de su afirmación errónea[4]. Reconocemos que un modo semejante de argumentación está provisto de una fuerza superior, pero para arruinar, para reducir a la nada, y verdaderamente no vemos que podría quedar en pie respecto a la tradición, si se aplicara sucesivamente a todos los puntos del dogma, de la historia, etc.

Pero volvamos a los detalles para apreciar mejor la objeción. Papías, es cierto, era poco juicioso en la elección de sus informaciones y así es como se dejó inducir en el error por los Milenarios, como añade el historiador Eusebio. Pero ¿era necesario un genio tan grande para asegurar que un libro había sido escrito en hebreo?. Su testimonio no podría pues ser invalidado a causa de la nota severa del obispo de Cesarea. Cuando nuestros adversarios afirman a continuación que todos los testimonios siguientes de los Santos Padres no son más que un eco del de Papías, caen en un error grosero; los escritores eclesiásticos que hemos citado son por el contrario muy independientes los unos de los otros y representan cada uno la opinión de una época o de una Iglesia especial. Hombres tales como San Ireneo, Orígenes, Eusebio, San Jerónimo, eran seguramente capaces de formarse una opinión por sí mismos sobre la materia en cuestión, y les ofrecía bastante interés como para que tomaran directamente todas las informaciones deseables, tal como se ve por lo demás en sus escritos[5]. Y aún más, según la observación muy justa de Valroger[6] "si se pudiera explicar por algún interés polémico o dogmático la tradición relativa al texto hebreo de San Mateo, la tentativa de hacer sospechosa esta tradición, cobraría quizá cierta verosimilitud. Pero por el contrario, el deseo de hacer nuestro texto griego más venerable, debía disponer a dejar en la sombra esta tradición. Para que se haya propagado y transmitido, como lo ha hecho, es

necesario que haya tenido profundas raíces y que el amor puro de la verdad histórica haya mantenido su recuerdo". Permanece pues inatacable bajo todos los aspectos.

Del terreno de la tradición nuestros críticos pasaron al de la filología. La naturaleza misma de la cuestión a tratar les autorizaba a ello seguramente: veamos si han tenido más éxito.

El primer Evangelio había sido compuesto directamente - lo hemos visto y todo el mundo lo admite-[7] para habitantes de Palestina, convertidos del Judaísmo a la religión de Jesús; San Mato debía naturalmente escribirlo en la lengua de aquellos a los que se dirigía, es decir en el idioma arameo, y éste es un hecho que corrobora de manera singular la antigua tradición. ¡Se nos responde por el contrario que independientemente de esta circunstancia, o más bien a causa de esta circunstancia, debía de escribirlo en griego!.

Aquí sobre todo M. Hg ha desplegado todos sus conocimientos y toda su habilidad.[8] Trata de demostrar, con el refuerzo de documentos y de citas, que en el primer siglo de la era cristiana la lengua griega se había hecho de uso universal en Palestina, que salvo raras excepciones, cualquiera podía comprenderla, leerla y hablarla. Pero aparte de que de esto simplemente se deduce que San Mateo pudo componer su libro en griego, no que lo haya escrito realmente en esta lengua, la afirmación de Hug es notablemente exagerada. Aunque desde Herodes, el Helenismo bajo todas sus formas haya invadido en regla las diferentes provincias de Palestina, el griego estaba todavía lejos de haber suplantado al arameo y de haberse convertido en el idioma popular. M. Renan, cuya competencia en esta materia estamos lejos de negar, lo admite sin duda: "Pensamos, dice, que el sirio-caldeo era la lengua más extendida en Judea y que Cristo no debió usar otra en sus conversaciones particulares... El estilo del Nuevo Testamento, y en particular de las cartas de San Pablo es medio sirio y se puede afirmar que para captar todos sus matices, el conocimien-to del sirio es casi tan necesario como el del griego... Josefo[9] nos enseña que eran poco numerosos los compatriotas suyos que prestaban atención a las letras helénicas y que él mismo siempre había tenido dificultades, por la costumbre de su lengua materna, para

aprender bien la pronunciación del griego". Al lado del ejemplo del judío Josefo[10] se puede alegar el de San Pablo que dirigiéndose a la multitud agolpada contra él en el recinto del templo ganó inmediatamente la simpatía de todos porque hablaba hebreo, Act. XXII, 2. Este hecho demuestra hasta la evidencia que durante la segunda mitad del siglo primero, el sirio caldeo había seguido como el idioma popular de Palestina. El griego, aunque hubiera hecho algún progreso, era todavía una lengua extranjera para la mayoría de los habitantes: los que la hablaban, aunque fueran hijos de Abraham, llevaban el nombre "Griegos", es decir paganos.[11] Por todas estas razones era pues muy natural que San Mateo no escribiera en griego, sino en arameo.[12]

Pero nuestros adversarios no se dan por vencidos. Penetrando en el interior del primer Evangelio para estudiar su dicción, pretenden que el griego en el que se lee desde el primer siglo revela por su pureza relativa una obra completamente original y en absoluto una traducción. Se encuentran giros y expresiones elegantes, originales, y aún más, juegos de palabras, cuyos equivalentes no pueden haber existido, dada la diferencia de las lenguas, en un libro escrito primitivamente en hebreo. Tales son las locuciones siguientes: "decir sandeces" y "prolijidad", VI, 7; "suprimen para que aparezcan", VI, 16; "destruirá a los malvados de forma malvada", XXI, 41, etc.[13]

Nosotros respondemos que aquí también hay exageraciones considerables. Otros estudiosos[14] por el contrario han afirmado que el estilo griego del primer Evangelio rezuma hebreo de principio a fin y que abunda en faltas de la traducción. Lo que es cierto es que se encuentran expresiones de color completamente semítico, que se repiten de manera frecuente y parecen suponer un texto original arameo; por ejemplo: "y he aquí" que San Mateo emplea hasta treinta veces; "volver" para significar "traer de vuelta". cf. XXVI, 52; XXVII, 7; "yo, Señor", XXI, 30, "yo estoy dispuesto"; "jurar por" hasta siete veces; "hasta hoy, XI, 23; XXVII, 8; XXVIII, 15, locución apreciada por los escritores del Antiguo Testamento. Sobre este punto también tenemos ganada la causa o como mucho la cuestión queda dudosa.

Una última objeción filológica surge de la naturaleza de

las citas del Antiguo Testamento hechas por el autor del primer Evangelio. Sus citas son de dos tipos: hay las que San Mateo hace en su propio nombre, para demostrar el carácter mesiánico de Jesús y las que recoge como simple narrador, porque se encontraban en el discurso de Cristo o de otros personajes. Ahora bien, las primeras tienen lugar lo más frecuentemente según el texto hebreo del Antiguo Testamento, las otras de manera regular según la versión de los "setenta", incluso cuando se aparta del hebreo. Con toda seguridad es un fenómeno bastante extraordinario, que merecía atraer la atención de los críticos. Pero, ¿demuestra, como pretenden nuestros adversarios, que el Evangelio según San Mateo haya sido escrito primitivamente en griego? En modo alguno. Podríamos con la mima razón deducir la composición del primer Evangelio en lengua aramea, ya que muchas de las citas del Antiguo Testamento, por ejemplo II, 15, cf. Os. XI, 1; y VIII, 17, cf. Is. LIII, 4, estarían completamente desprovistas de sentido, si hubieran sido hechas según los "setenta". ¿Qué judío -pregunta con toda razón M. Langen-, qué judío escribiendo en griego y citando el Antiguo Testamento, se habría apartado constantemente de la versión oficial de los "setenta", para hacer él mismo una traducción independiente del texto original?. Pero, para ser imparciales, preferimos admitir con Arnoldi, que el hecho señalado no demuestra ni a favor ni en contra el empleo del griego o del arameo por San Mateo. Es verosímil que en el escrito primitivo del Apóstol, todas las citas eran conformes al texto hebreo: el traductor, actuando con gran independencia y deseando quizá establecer, siempre que podía sin perjudicar el sentido, una semejanza lo más grande posible entre el primer Evangelio y los dos siguientes que habían hecho su aparición entonces, habrá adaptado una parte de las citas de San Mateo a la versión de los "setenta".

Pero, -se dice-, si San Mateo ha escrito en hebreo, ¿cómo explicar la pronta desaparición del texto original? ¿Es imaginable que en estas épocas de fe una obra apostólica se haya perdido así, sin que quedara más que una traducción?. La respuesta que Richard Simon daba en otro tiempo a esta objeción ha conservado todo su valor: "La razón por la que el ejemplar hebreo o caldeo no se ha conservado es que las iglesias de Judea, para las que

en principio fue escrito, no subsistieron durante mucho tiempo. Por el contrario las iglesias, donde florecía la lengua griega, pervivieron siempre... No es pues algo extraordinario que el Evangelio hebreo de San Mateo haya sido perdido... Sin embargo hay que señalar que no desapareció por completo desde los primeros tiempos del cristianismo; porque la secta de los Nazareos, que provenía de los primeros Nazarenos o cristianos de Judea, siguió mucho tiempo leyéndolo en sus asambleas. Pasó también a los Ebionitas que lo alteraron en varios lugares. A pesar de estas alteraciones, siempre se podía decir que era el Evangelio hebreo de San Mateo". El crítico erudito, en estas últimas líneas, hace alusión al célebre escrito que se denominaba ya en tiempo de los Padres "El Evangelio según los Hebreos", que varios escritores eclesiásticos de los primeros siglos identificaban ya con la obra original de San Mateo. San Epifano[15] no tiene la menor duda al respecto: "Poseen -dice sobre los Nazarenos ortodoxos- el Evangelio según San Mateo muy completo en lengua hebrea: conservan hoy todavía evidentemente este evangelio tal como fue escrito primitivamente en caracteres hebreos". San Jerónimo hablando en distintas ocasiones del Evangelio de los Hebreos, afirma que un gran número de sus contemporáneos lo consideraban como el escrito primitivo de San Mateo: «En el Evangelio según los Hebreos... que utilizan hasta hoy los Nazarenos, según los Apóstoles, o como muchos afirman, según Mateo, que se conserva en la biblioteca de Cesarea[16]» «El Evangelio que utilizan los Nazarenos y los Ebionitas... que es llamado por la mayoría el auténtico de Mateo[17]». También dice: «El hebreo (es decir el evangelio de Mateo) se conserva hasta hoy en la biblioteca de Cesarea... Tuve la posibilidad de copiar el de los Nazarenos, que utilizan este volumen, en Beroea, ciudad de Siria[18]».

De estos testimonios, concluyamos con Reithmayr y con otros muchos exégetas contemporáneos que en el Evangelio según los Hebreos "hemos encontrado la fuente con la que fue compuesto el Evangelio griego de San Mateo, tal como lo poseemos". La existencia de este libro, aunque haya sido incluido entre los escritos apócrifos por los errores o fábulas que le añadieron los Ebionitas, confirma pues lo que hemos dicho más arriba, respec-

to a la composición del primer Evangelio en lengua aramea[19].

Nos queda por añadir algunas palabras sobre la traducción griega, que desde hace tantos siglos, ha sustituido en el uso oficial así como en el uso privado, el texto original hebreo. ¿Por quién ha sido compuesto? ¿A qué época se remonta? ¿Cuáles son sus relaciones con la obra primitiva de San Mateo? Querríamos saberlo de manera precisa; desgraciadamente en estos tres puntos debemos conformarnos con conjeturas más o menos inciertas.

1°. El traductor no era ya conocido en época de San Jerónimo[20]: "No se sabe quién lo tradujo después al griego". Es cierto que la "Synopsis de la Sagrada Escritura" incluida equivocadamente entre los escritos de San Atanasio atribuye la versión griega del primer Evangelio a Santiago el Menor; que Teofilacto, Eutimio Zigabenues y varios manuscritos la consideran como obra del apóstol San Juan; que diversos autores antiguos o modernos han pronunciado en el mismo sentido los nombres de San Bernabé, de San Marcos, de San Lucas y de San Pablo; finalmente que un número bastante considerable de exégetas contemporáneos suponen que la traducción fue hecha por el propio San Mateo, o al menos bajo su dirección; pero no son más que simples afirmaciones desprovistas de fundamento sólido.

2°. El Evangelio arameo de San Mateo debió ser traducido muy pronto a la lengua griega. Apareció sin duda bajo esta nueva forma casi inmediatamente después de su publicación, en todo caso mucho antes del siglo I, porque el texto griego estaba ya extendido por toda la Iglesia en la época de los Padres apostólicos. San Clemente de Roma, San Policarpo, San Ignacio de Antioquía lo han conocido y citado[21]. Una traducción griega respondía por lo demás a una necesidad demasiado urgente de los primeros gentiles convertidos para que no hubiera sido emprendida inmediatamente. También leemos sin ninguna sorpresa en los fragmentos que nos quedan de Papías, que hubo al principio intentos múltiples en este sentido: "las interpretó (las palabras de San Mateo, ver § 3, 1, 1°) como cada uno era capaz[22]"

Todas estas versiones imperfectas pervivieron poco tiempo; enseguida una sola recibió un carácter oficial y las diferentes comunidades cristianas se adhirieron a ella de manera inquebran-

table, como si hubiera sido el original mismo del apóstol. Esta es la traducción que todavía hoy tenemos.

3°. Ningún escritor de la antigüedad ha pensado en establecer una comparación entre el texto hebreo de San Mateo y la traducción griega. Este mismo silencio, la recepción temprana y uniforme del texto griego y la autoridad canónica que se le otorgó desde el comienzo, demuestran que reproduce exactamente el Evangelio arameo. Sin embargo de la clasificación de las citas del Antiguo Testamento en dos categorías y del procedimiento especial aplicado a cada una de estas categorías hemos concluido que, con toda verosimilitud, el traductor ha actuado con bastante independencia, sin dejar de ser fiel sin embargo nunca.

Notas:

1 De Valroger, 1, c. p. 29; Cf. Einleitung in die Schriften des N. Testam. von Leonhard Hug, 3ª édit. 8-42.
2 Die synopt. Evangelien, 4863, p. 270-359. Cf. Keim, Leben Jesù, 4re édit. I. p. 54: "Bien que ce fût l'opinion de l'ancienne Eglise, c'est à peine si quelqu'un croit aujourd'hui à la composition primitive de notre Evangile en langue hébraïque".
3 Hist. Eccl. III, 39.
4 Cf. Hug. l. c. p. 16.
5 Cf. l'article de M.L. Venables mentionné plus haut, Kitto's Cyclopaedie, s.v. Matthiew (Gospel of).
6 l. c. p. 32
7 Cf. le précédent.
8 Cf. Einleit 40, p. 30 et ss.
9 Historie des langues sémitiques, p. 244 et s.
10 Cf. Bell. Jud. VI, 2, 4.
11 Voir Bretscheneider, Lexic man. græco-latin. s.h.v.
12 Cf. Arnoldi. Comm. zum Evangel. d. Matth. p. 27 et 28
13 Cf. Bleef, Einleitung, p. 268 et. ss.; Holtzmann, die synpt. Evang.. p.267 et ss.
14 Bolten, der Berich des Matth, Altona, 4792; Eichhorn, Einleitung. in das N.T.p. 467 et. s., 284 et s.; Bertholdt, Hist. krit. Einleit. p. 4260 et ss., etc.
15 Hær. XXIX, 9.
16 Contr. Pelag. III, 4.
17 Comm. ad Matth. XII, 43.
18 De Vir. illustr. c. III. Il raconte au chap. II qu'il traduisit cet Evangile de

l'hébreu en grec et en latin.
[19] Voir dans Grabe, Spicileg. Patr. I, 25-34, et dans Fabricius, Cod. apocr. Nov. Test. I, 355 et ss., quelques fragments de l' "Evangel. sec. Hebræos".
[20] De vir. ellustr. c. III.
[21] Retire leus citations mentionnées au II, I, 22.
[22] Ap. Euseb. Hist. Eccl. III, 39.

EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

PREFACIO

I.- EL APÓSTOL SAN JUAN

1°. Su nombre.- Nombre muy hermoso, y completamente significativo en su forma primitiva. "Yôchanan" se traduce en efecto como "Jehová ha derramado su gracia". Según el Precursor, nadie lo llevó mejor que el apóstol predilecto. Era entonces bastante común entre los Judíos. En la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo según San Lucas, el texto reproduce aproximadamente la pronunciación hebrea: "Joanán". De la forma helenizada "Ioánnes", viene la forma latina "Joannes", de donde sale "Juan".

2°. Su familia.- El apóstol San Juan era Galileo de origen, como todos los miembros del colegio apostólico, aparte del traidor Judas. Su familia residía al borde del lago Tiberiades, al N.O.; probablemente en Betsaida, patria de San Pedro, de San Andrés y de San Felipe. Se ignora la fecha de nacimiento de San Juan, pero se admite generalmente que era el más joven de los apóstoles, y que el propio Jesús tenía algunos años más que él.

Aunque era un simple pescador, su padre Zebedeo parece haber disfrutado de cierta posición desahogada; porque poseía varios barcos y su industria era bastante próspera como para permitirle contratar a varios jornaleros. Esto es todo lo que el Evangelio nos cuenta al respecto. La madre de San Juan es más conocida: se llamaba Salomé, y los Sinópticos señalan en varias ocasiones su consagración a la sagrada persona del Salvador. Combinando los pasajes Lucas VIII, 3 y Marcos XV, 40-41 se ve que era una de las santas mujeres que acompañaban y servían al divino Maestro «con sus bienes».

Fue pues fiel hasta la cruz (Matth. XXVII, 56 y paral.), hasta el sepulcro (Marc. XVI, 1). En cuanto Santiago el Mayor,

el hermano tan célebre de San Juan, todo nos lleva a creer que era el mayor de los dos: tal es la impresión general que se extrae de la narración evangélica, donde casi siempre es citado en primer lugar.

Un episodio de la tarde del jueves santo, Joan XVIII, 15-16, que muestra que San Juan tenía acceso libre al palacio de Caifás y que era incluso "conocido del Pontífice" ha hecho suponer a diversos críticos que San Juan pertenecía a la familia sacerdotal. Incluso a veces se ha explicado en este sentido la nota de San Policarpo, obispo de Efeso en el segundo siglo, según la cual San Juan, en su vejez, habría llevado en la frente "como sacerdote la hoja" es decir la lámina de oro que servía de ornamento a los grandes sacerdotes judíos. Pero esta conjetura parece inverosímil.

3º. Su vocación.- Juan fue primero discípulo del Precursor antes de serlo del Mesías. La primera vez que lo encontramos en el terreno histórico, es al lado de su ilustre homónimo en Bethabara, al borde del Jordán. El Precursor, viendo pasar a Jesús a cierta distancia., grita: "He aquí el cordero de Dios". Quien debía ser pronto el apóstol predilecto, fue el primero, con San Andrés, en traducir en hechos esta palabra significativa y al punto se unió a la persona del Salvador.

Durante algunos meses, la narración evangélica nos muestra a Juan viviendo junto a su nuevo Maestro, con Pedro, Felipe y Natanael: viajan juntos de Bethabara a Caná en Galilea, de Caná a Cafarnaún, de Cafarnaún a Samaria y de nuevo a Galilea. ¡Felices momentos en los que se formaba la amistad divina de Nuestro Señor Jesucristo hacia el joven pescador de Galilea!. El no dejó perder ningún detalle.

Separado durante algún tiempo, el grupo apostólico cuyos elementos se habían reunido por vez primera a orillas del Jordán, no tardó en formarse de nuevo. Después de un gran milagro, Jesús llama de manera definitiva como discípulos a Pedro y Andrés, a Santiago y Juan. "Dejando las redes y su padre", los hijos de Zebedeo se unen con alegría al Hijo de Dios. Pronto fueron elegidos y los primeros para la noble, pero peligrosa misión de los apóstoles.

4º. Su vida junto a Jesús.- Juan no tardó en figurar junto

con San Pedro y su hermano Santiago entre aquellos discípulos que un antiguo denominó con razón "los más íntimos entre los íntimos". Con este título, asistieron, con exclusión de los otros apóstoles, a varios acontecimientos notables de la vida de Cristo: principalmente, a la resurrección de la hija de Jairo, Marcos V, 37 y paral., al misterio de la Transfiguración, Matth. XVII, 1 y paral., a la agonía de Getsemaní, Matth. XXVI, 37 y paral. Juan fue también uno de aquellos cuatro a los que Jesús se dignó revelar los signos de la ruina de Jerusalén y del fin del mundo. En la mañana del Jueves santo, fue encargado junto con San Pedro de los preparativos de la última cena (Luc. XXII, 9).

Pero ¡qué privilegio inefable le estaba reservado en esta cena de adiós!. Lo cuenta él mismo en una de estas líneas simples y profundas como su alma, que abundan en el cuarto evangelio: «uno de ellos, el que Jesús amaba estaba recostado en el seno de Jesús». "El que Jesús amaba", éste es su verdadero nombre, con el que se designa en diferentes circunstancias con una admirable mezcla de modestia y orgullo. ¡Cuántas cosas en esta única palabra! "Las amistades humanas habían sido célebres; pero nunca se había visto la maravillosa ternura de una amistad divina. Dios tuvo esta inclinación, de volverse hacia un hombre y amarlo como si hubiera sido su igual. Acostumbrado a vivir toda la eternidad en la unidad del Padre y del Espíritu Santo, pidió a la tierra la alianza de un alma que fuera el desarrollo y la imagen de la suya". Y esta alma fue la de San Juan.

Pero ¡cómo supo él amarlo a su vez! El periodo actual de su vida abunda en hechos que lo demuestran del modo más evidente. ¿Por qué, como un nuevo Elías, quiere hacer bajar el fuego del cielo sobre los samaritanos poco hospitalarios, sino porque no puede soportar la injuria hecha a su Maestro? ¿Por qué impidió un día a un extraño echar demonios en el nombre de Jesús, sino porque estaba santamente celoso de la gloria del Salvador? ¿Por qué el sobrenombre de "Hijo del trueno", "Boanerges", que nuestro Señor le dio junto a su hermano, sino es para marcar su celo amoroso, aunque a veces desmesurado?. No se saca toda la escoria del oro en un momento; también, incluso al final de la vida pública de Jesús, vemos a Santiago y a Juan unir sus súplicas a las de su

madre para obtener el primer y segundo puesto al lado del Mesías triunfante; pero en ello mostraron bien que no estaban guiados por un egoísmo vulgar, cuando preguntados si estaban dispuestos a compartir el amargo golpe de los sufrimientos del Maestro, respondieron con un generoso "Podemos", que dictaba su amor.

Si Juan huyó como los otros apóstoles en el momento de la detención de Nuestro Señor Jesucristo, no fue más que durante unos instantes; porque enseguida lo vemos acompañar valerosamente a la divina víctima hasta el palacio del sumo sacerdote, donde nadie debía ignorar su condición de discípulo. Al día siguiente se mantenía sin miedo cerca de la cruz entre los verdugos. Encontró en el calvario la más maravillosa recompensa que fuera posible envidiar, cuando Jesús expirando le confió el cuidado de su Madre.

En la mañana de Pascua, el propio relato del apóstol predilecto nos enseña en qué circunstancias pintorescas corrió el primero con San Pedro al sepulcro vacío, y cuán pronto creyó en la resurrección de Nuestro Señor. En fin, cuando el divino resucitado se manifestó junto al lago Tiberiades a algunos de sus discípulos, San Juan fue el primero en reconocerlo, porque el amor es vigilante e infalible en este tipo de cosas.

5°. San Juan después de la Ascensión.- Vivió primero durante algún tiempo en Jerusalén, como todos los demás apóstoles. El libro de los Hechos, en dos capítulos consecutivos, cuenta extensamente los gloriosos episodios en los que tomó parte en compañía de San Pedro, y sobre todo la valentía de la que dio testimonio al día siguiente de Pentecostés frente al Sanedrín. Un poco más tarde, todavía con San Pedro a quien estaba unido por lazos de vivo afecto fue a Samaria, para consumar la obra de evangelización comenzada por el diácono San Felipe (Act. VIII, 14 y ss.).

Aproximadamente tres años después, San Pablo venido por primera vez a Jerusalén después de su conversión, se encontró sólo a San Pedro y Santiago el Menor entre los miembros del Colegio apostólico: San Juan estaba entonces momentáneamente ausente. Pero después de un intervalo de otros diez años, cuando el apóstol de los Gentiles hizo su tercer viaje a la capital judía con

ocasión del Concilio, tuvo la alegría de encontrar a San Juan a quien menciona entre las "columnas" de la Iglesia.

Aparte de otro detalle que tendrá su lugar un poco más adelante, esto es todo lo que los escritos del Nuevo Testamento nos enseñan con respecto al discípulo predilecto. Pero la tradición retoma, para continuarlo, el hilo de esta preciosa vida. En los hechos principales, su testimonio no deja nada que desear con relación a la antigüedad, la claridad y la unanimidad.

En una época que es difícil de fijar de manera absoluta pero que se suele situar generalmente no antes del año 67 de la era cristiana, San Juan vino a establecerse en Efeso, en el corazón de Asia proconsular. Dos motivos principales debieron ocasionar este cambio de residencia: por una parte la vitalidad del cristianismo en esta noble comarca; por otra las peligrosas herejías que comenzaban a germinar allí. Juan quería pues emplear su autoridad apostólica tanto para conservar, como para coronar el glorioso edificio construido por San Pablo; y su poderosa influencia contribuyó no poco a proporcionar a las iglesias de Asia la sorprendente vitalidad que conservaron a lo largo del segundo siglo. (S. Agustín, C.F. Ouoest. evang. 11,39)

He aquí, sobre este punto, algunos de los textos más interesantes.

1°. San Ireneo, originario de Asia Menor, obispo de Lyon en el 178, y martirizado en esta ciudad en el 202, nos proporciona informaciones de excepcional valor. En primer lugar, en su célebre escrito "contra los herejes" dice: "Todos los ancianos que se encontraron en Asia con Juan, el discípulo del Señor, atestiguan que él les transmitió estas cosas, porque vivió con ellos hasta los tiempos de Trajano. Y algunos de ello vieron no sólo a Juan, sino también a otros apóstoles... La iglesia de Efeso, fundada por Pablo, y en la que Juan permaneció hasta los tiempos de Trajano, es también testigo veraz de la tradición de los apóstoles[1]". En su carta a Florinus, su amigo de infancia, que se había dejado seducir por los gnósticos, San Ireneo es no menos explícito: "No son en absoluto éstas las enseñanzas que te transmitieron los antepasados que nos han precedido y que han vivido con los apóstoles; porque yo te he visto, cuando yo era todavía niño, en Asia infe-

rior, junto a Policarpo... y yo podría todavía mostrarte el lugar donde yo estaba sentado, cuando él enseñaba y contaba sus relaciones con Juan y con los otros que vieron al Señor y cómo hablaba él de lo que les había oído sobre el Señor, sobre sus milagros y sobre su doctrina[2]". Finalmente, tenemos este otro testimonio del gran obispo de Lyon en la carta que escribió al papa Víctor con ocasión de la célebre contestación relativa a la Pascua: "Cuando el bienaventurado Policarpo visitó Roma en los tiempos de Aniceto[3], habiéndose manifestado ligeras controversias sobre algunos puntos, la paz se alcanzó enseguida. Ni siquiera se entregaron a una disputa sobre la cuestión principal. Porque Aniceto no pudo disuadir a Policarpo de festejar el 14 nisan[4], dado que lo había celebrado siempre con Juan, el discípulo del Señor, y los otros apóstoles con los que había vivido. Y por su parte, Policarpo no pudo disuadir a Aniceto de observar este mismo día, al responder Aniceto que debía mantener la costumbre que había recibido de sus predecesores. Siendo así las cosas, se dieron mutuamente la comunión,... y se separaron en paz[5]".

2°. Apolonio, valiente adversario de los Montanistas, que vivía en Asia Menor hacia el 180, cuenta en un fragmento conservado por Eusebio[6] "que un muerto había sido resucitado en Efeso por San Juan".

3°. Polícrates, obispo de Efeso en el 190, y apoyándose en las ricas tradiciones de su familia en la que siete miembros habían ocupado antes de él la sede episcopal de Efeso, escribía a su vez al papa Víctor en los siguientes términos: "Nosotros festejamos el día verdadero... porque algunas grandes luces se apagaron en Asia y resucitaron allí en el día del Señor... Felipe, uno de los doce apóstoles, y Juan que reposó en el seno del Señor[7]".

4°. A estos testimonios tanto más conmovedores cuanto que se relacionan con Asia Menor y con Efeso, podemos añadir otro, que es no menos antiguo. Es el de Clemente de Alejandría (hacia el 190), que se expresa así en su tratado "Qué rico se salvará", 42, 8: "En Efeso Juan visitaba las regiones circundantes, para establecer obispos y organizar iglesias[8]". Inútil insistir más y citar testimonios idénticos, pero más recientes de Orígenes, Tertuliano, San Jerónimo, etc.

San Juan no debía llevar mucho tiempo en Efeso, cuando fue arrestado por orden del emperador Domiciano y conducido a Roma para sufrir allí el martirio. Tertuliano es el primero que ha conservado el recuerdo de este hecho tan bien comentado por Bossuet: «Esa bienaventurada iglesia (Romana) para la que los apóstoles junto con su sangre vertieron toda la doctrina, en donde Pedro sigue los pasos de la pasión del Señor, en donde Pablo es coronado con la muerte de Juan (Bautista), en donde el apóstol Juan tras ser sumergido en aceite hirviendo, no sufrió ningún mal».

San Jerónimo apoyándose en el relato de Tertuliano, dice con algunos detalles más: «porque en Roma, metido en una olla de aceite hirviendo salió más puro y más robustecido que había entrado». La Iglesia celebra el 6 de mayo el aniversario del martirio de San Juan.

El impotente perseguidor creyó vengarse desterrando a la roca de Patmos al apóstol al que no había podido arrancar la vida. Pero Nuestro Señor Jesucristo esperaba allí a su discípulo predilecto para hacerle las revelaciones más íntimas: en efecto durante el exilio en Patmos, San Juan compuso el Apocalipsis. Aunque la fecha de este destierro ha sido fijada en diferentes momentos, nada es más cierto que el hecho mismo, que es relatado por autores muy antiguos y muy dignos de fe, tales como San Ireneo, Clemente de Alejandría, Orígenes y Eusebio. Este último dice formalmente: "El relato continúa", para marcar así una cosa segura y cierta.

El exilio de San Juan tuvo su fin después de la muerte de Domiciano, cuando Nerva, su sucesor, devolvió la libertad a todos los que habían sido injustamente desterrados por el tirano. El apóstol volvió entonces a Efeso, como indican las fuentes más auténticas y continuó allí su valeroso ministerio.

No conocemos más que un pequeñísimo número de detalles especiales sobre los últimos años del discípulo del amor; pero están en perfecta armonía con el resto de su vida. Bastará con resumirlos brevemente, porque se hallarían en todos los libros, si no se hallaran en todas las memorias.

En primer lugar está el hecho encantador que se refiere a

este discípulo, tiernamente amado, que Juan había confiado a un obispo vecino durante una ausencia requerida por las necesidades de las iglesias de Asia. A su vuelta el apóstol tuvo el dolor de saber que el joven insuficientemente vigilado, había sido arrastrado a todo tipo de desórdenes por amigos corrompidos, y había acabado por hacerse el cabecilla de unos bandidos. Sin dudarlo, a pesar de su avanzada edad, San Juan fue a la busca de esta oveja descarriada y tuvo la felicidad de retornarla al redil.

El episodio de la perdiz, contado por Casiano, está lleno de dulzura. Vemos en él al gran apóstol, durante sus raras horas de reposo, jugando con una pequeña perdiz amaestrada. Un joven cazador, que estaba muy deseoso de ver al Santo, habiéndolo sorprendido un día en medio de su descanso, quedó vivamente escandalizado. San Juan le preguntó con dulzura: "¿Qué objeto llevas en la mano?" "Un arco", respondió el cazador. "¿Por qué no está tenso?" El joven respondió: "Porque si estuviera siempre tenso, perdería su flexibilidad y sería inútil". El anciano le replicó: "No te extrañes pues de estos cortos momentos de descanso que impiden a mi espíritu perder toda su capacidad".

Por el contrario, en estas líneas de San Ireneo se nos vuelve a revelar el Hijo del trueno: "Hay todavía hombres que han oído contar a Policarpo que Juan, habiendo entrado en unos baños en Efeso, y habiendo visto dentro a Cerinto, se alejó bruscamente sin bañarse, diciendo: «Salgamos, no sea que la casa se desplome, puesto que ahí se encuentra Cerinto, el enemigo de la verdad»". Comparad este hecho análogo de San Policarpo, al encontrar a Marción en una calle y gritar, cuando el heresiarca quería ser reconocido por él: «¡sí, te conozco, primer hijo de Satanás!».

El milagro de la copa envenenada que el apóstol vació sin sufrir ningún mal, ha sido relacionado a veces con la isla de Patmos y contado de distintas maneras. La iconografía cristiana ha reflejado este recuerdo imperecedero, porque "en recuerdo de este hecho se representa al apóstol sosteniendo en la mano una copa de la que se escapa una serpiente".

El último episodio que debemos a San Jerónimo es el más bello de todos. «San Juan Evangelista, viviendo en Efeso hasta muy avanzada edad y siendo llevado a la iglesia entre las manos

de sus discípulos, no pudiendo apenas hablar, no solía proferir otras palabras distintas de éstas: "Hijitos, amaos los unos a los otros". Finalmente los discípulos y los hermanos que asistían, aburridos de oír siempre lo mismo dijeron: "Maestro ¿por qué siempre dices esto?". Él respondió unas palabras dignas de él: "Porque es el precepto del Señor y con cumplir esto, es bastante"».

6°. La muerte de San Juan.- Esta fue según las fuentes más auténticas la vida del discípulo predilecto. Murió tranquilamente en Efeso, bajo el imperio de Trajano, y fue enterrado en esta ciudad que tanto había amado como dice San Polícrates. El relato tardío de Georges Hamartolos, según el cual San Juan habría sido dado a la muerte por los Judíos, carece de valor histórico. Incluso se habla de extraños ruidos que se produjeron bastante tiempo por la extraordinaria prolongación de su vida en la tumba.

No se sabe con seguridad cuál era la edad de San Juan en el momento de su muerte; pero los antiguos autores eclesiásticos son casi unánimes en afirmar que vivió casi cien años (cien años y siete meses, según el "Chronicon paschale"); (ciento veinte años según Suidas).

7°. La biografía de San Juan y los racionalistas.- Tenemos que realizar aquí una tarea ingrata, que se hará aún más penosa en el apartado siguiente, a saber, demostrar la evidencia y responder a las vanas sutilezas del racionalismo. Tomad un jurado cualquiera y planteadle esta simple cuestión después de haber desarrollado los argumentos de la tradición que nos hemos limitado a abreviar: ¿El apóstol San Juan ha residido verdaderamente en Patmos, en Efeso? Responderá sin duda con un veredicto afirmativo. Sin embargo un cierto número de críticos contemporáneos declaran las pruebas insuficientes y niegan que San Juan haya vivido en estas dos localidades. No ocultan su objetivo: si se ha demostrado que la tradición está equivocada sobre este doble punto, será fácil refutarla cuando pretenda que Juan ha compuesto el Apocalipsis en la isla de Patmos y el cuarto evangelio en la ciudad de Efeso. Sus razonamientos son de dos tipos: los unos negativos, los otros positivos.

Usan o más bien abusan demasiado del "argumentum e silentio": prueba tan débil, sobre todo después de haber oído a testigos tan serios, tan antiguos y tan numerosos. Keim querría que los Hechos de los apóstoles hubieran señalado la estancia de San Juan en Efeso. "Con semejante lógica -replica Leuschen- se podría demostrar que a estas horas San Pablo no ha muerto", ya que los Hechos no lo dicen. "Como si el libro de los Hechos -añade M. Godet- fuera una biografía de los apóstoles y como si no terminara antes del momento en que Juan pudo habitar Asia!". Pero, ¿cómo explicar el silencio de San Ignacio en su carta a los Efesios, o el de San Policarpo en su epístola a los Filipenses? Uno y otro hablan de San Pablo y guardan silencio sobre San Juan. De nuevo la respuesta es fácil. San Ignacio había atravesado Efeso para ir a sufrir el martirio en Roma, como en otro tiempo el apóstol de los Gentiles (Act. XX, 17 y ss.); tenía pues una razón especial para mencionar este hecho. Por otra parte los Filipenses habían sido los discípulos predilectos de San Pablo: nueva razón especial para recordarles su recuerdo. Y estos dos motivos particulares no existían con respecto a San Juan. En verdad "con semejantes pruebas no se podrá borrar de la historia la estancia de Juan en Patmos y en Asia".

Sus argumentos positivos igualmente no valen más que por la audacia con la que son presentados. He aquí los dos principales. En primer lugar, San Epifano, tal como se ha dicho más arriba, sitúa el exilio de Patmos bajo el imperio de Claudio, es decir entre los años 41-54, lo que es imposible. Nada más cierto, y nadie piensa en defender a San Epifano sobre este punto. Pero porque un solo testigo, uno de los menos importantes cometa un error de detalle sobre un hecho accesorio ¿tenemos motivos para concluir que el hecho principal, garantizado por todos los demás testigos, queda anulado por esto mismo? Por cierto es visible que la inexactitud de San Epifano no afecta más que al nombre del Emperador reinante entonces; porque en la línea precedente dice que San Juan compuso su evangelio de vuelta a Patmos a la edad de noventa años. Ahora bien el predilecto del Señor no tenía más que cuarenta años bajo el reinado de Claudio.

En segundo lugar San Ireneo, de quien hemos leído afir-

maciones tan formales, se habría equivocado en sus propios recuerdos, confundiendo al presbítero Juan con el apóstol del mismo nombre perdiendo así toda la tradición. Keim, que ha descubierto este nuevo argumento, está tan orgulloso de él que lo propone -citamos sus propias palabras- "con todo el "pathos" que inspira la seguridad de la victoria", porque está seguro de que una prueba semejante basta "para poner fin a las ilusiones de Efeso". ¿Se puede concebir tal cosa? ¿San Ireneo equivocándose en un hecho semejante, a tan poca distancia, y confundiendo a uno de los más gloriosos apóstoles con un desconocido presbítero? Y ¿San Polícrates, y sus otros contemporáneos, cuyos testimonios hemos citado, siendo juguete de la misma ilusión?. Un error de este género es imposible, inadmisible; también la audaz afirmación de Keim, pronunciada después de un intervalo de diecisiete siglos, le ha valido incluso dentro de su campo, y con mayor razón por parte de exégetas creyentes, respuestas de una vivacidad perfectamente excusable. Y ni Strauss, ni Baur, ni Hilgenfeld, ni Renan, ni los partidarios más avanzados y más indisciplinados de la escuela de Tubinge tales como Schwegler, Zeller y Volkmar (que no es poco) han querido asociar su nombre a una teoría desprovista de todo apoyo y de toda ciencia. Por lo demás, doctos historiadores admiten hoy en día, que la misma existencia del presbítero Juan, este "presbítero nebuloso", como ellos lo denominan, es muy problemática y se inclinan a identificarlo con el mismo apóstol. Por lo menos, el siguiente fragmento de Papías, conservado por Eusebio, demuestra que, si el presbítero Juan ha existido realmente, se sabía, desde estos tiempos antiguos, distinguir claramente su personalidad de la del apóstol San Juan. "Yo no dejaré de añadir a mis explicaciones todo lo que he... recibido de los antepasados, garantizándote la verdad. Porque yo no me deleitaba, como la mayoría, en los que cuentan muchas cosas, sino en los que cuentan las cosas verdaderas... Si a veces uno de estos que han acompañado a los antiguos llegaba a mi casa, yo me informaba de las palabras de los antiguos: qué ha dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo, o algún otro discípulo del Señor; después de lo que dicen Aristion y el presbítero Juan, discípulos del Señor; porque yo no presuponía

que lo que se saca de los libros pudiera serme tan útil como lo que viene de la palabra viva y permanente".

Así pues la teoría de Lützelberger y de Keim cae de todas maneras, y nada queda mejor atestiguado que la estancia de San Juan en Patmos y en Efeso; y "a menos de rechazar en bloque todos los testimonios posteriores al primer siglo, se lo debe considerar como un hecho indiscutible".

8º. El carácter de San Juan.- Debemos limitarnos a algunos trazos rápidos; por lo demás, mejor que nadie, San Juan mismo ha trazado su retrato en el evangelio que nos ha legado.

El predilecto del Salvador estaba extraordinariamente dotado y sobre todo de las cualidades que atraen siempre el afecto. Su naturaleza era ideal, de una delicadeza exquisita; su corazón amoroso se entregaba sin medida y permanecía entregado hasta la muerte.

Juan era en el fondo dulce y tranquilo, sin tener sin embargo ese no se qué femenino que nos han presentado con demasiada frecuencia los pintores; porque en su momento, tal como nos lo han revelado diversos episodios de su vida, supo manifestar la energía de un alma viril, ardiente, valerosa, que no quería sacrificar ninguno de los derechos de su Maestro adorado y que no tenía ningún peligro.

Tenía una perfecta modestia. No desempeña más que un papel muy desdibujado en su propia narración, no hablando de sí mismo más que en tercera persona y citando sólo tres palabras suyas.

Su viva inteligencia atraviesa todos sus escritos; y si los Fariseos en una circunstancia oficial lo trataron junto a San Pedro como hombres "sin letras" y rústicos, estas palabras en sus bocas no expresaban más que la falta de una educación rabínica.

La pureza virginal de San Juan es uno de los rasgos más señalados y más atrayente en su naturaleza; también se ha señalado y vanagloriado de ello desde los primeros siglos. «Juan,... virgen de Cristo», escribía Tertuliano[9]. «Hay quienes opinan y éstos son en verdad estudiosos no desdeñables de la sagrada escritura que el apóstol Juan fue más amado por Cristo, porque no tuvo esposa y desde sus primeros años vivió en perfecta castidad», San

Agustín[10] «Juan, a quien la fe de Cristo había encontrado virgen, permaneció virgen y por ello es amado más por el Señor y se recostó sobre el pecho de Jesús... y para resumir y enseñar en pocas palabras de qué privilegio goza Juan, es decir la virginidad de Juan, la Madre Virgen es encomendada por el Señor virgen a su discípulo virgen[11]».

De ahí las hermosas palabras de "virgen" o "virginal" con los que gustaba designar a este apóstol angélico según el Apocalipsis, XIV, 4.

Pero, como se está de acuerdo en reconocer, lo que caracteriza ante todo a San Juan, es la profundidad extraordinaria, la gran receptividad de su alma. Pedro fue sobre todo el hombre de acción, mientras que Juan al modo de María se sumergía en un maravilloso reconocimiento. "Juan es la quietud de la contemplación, reposando en silencio cerca del objeto que adora y preludiando las tranquilas alegrías de la eternidad[12]". Miradlo en un magnífico cuadro de Dominico, con los ojos, el espíritu y el corazón elevados hacia el cielo: es él, viviendo en el interior mucho más que en el exterior, en la intensidad del pensamiento y del amor.

Notas:

1 Adv. Hœr. III, 3, 4, ap. Eus. L.c. III, 23,4.
2 Eusèbe, l.c. v. 20, 2-4
3 Vers l'an 160.
4 Comme jour de la Pâque, à la façon dès Julîa.
5 Ap. Euseb. Hist. eccl., v. 24,16.
6 L.C. V, 28.
7 Ap. Eusèb. Hist. eccl. v, 24, 3. Cf. III, 31, 3.
8 Cf. Eusèbe, l.c. III, 24.
9 De Monogam. c. VII.
10 Tract. CXXXIV in Joan. 8. Cf. De bono conjug. 21.
11 S. Jérôme, Contr. Jovin. I, 26. Cf. Ad Princip. ep. CXXVII, 5;
12 Baunard, L'apôtre S. Jean, p. 167.

II. - LA AUTENTICIDAD DEL CUARTO EVANGELIO

¿El cuarto evangelio es la obra del apóstol cuya vida y carácter acabamos de describir en algunas páginas? Esta cuestión tan simple en sí misma y de tan fácil solución se ha convertido desde hace un siglo, gracias a los racionalistas, en una de las más complicadas así como también de las más graves entre las que el exégeta encuentra en su camino. Verdadero "campo de batalla del Nuevo Testamento", se dice con razón. Y se comprende porque se ha entablado una lucha entre creyentes e incrédulos alrededor de la persona de Jesucristo, y el evangelio según San Juan tiene una importancia capital para darnos a conocer al Hombre-Dios, el Verbo encarnado[1].

Júzguese por un detalle bibliográfico lo encarnizado del combate. Luthard, en una de las mejores obras que se hayan compuesto para defender la autenticidad del cuarto evangelio, ha intentado establecer la lista de trabajos más o menos considerables que habían sido publicados antes del suyo sobre esta misma cuestión. Aunque incompleta, su lista incluye no menos de trece páginas tamaño octavilla y señala hasta doscientos ochenta y cinco nombres de autores.

Estudiaremos sucesivamente: las pruebas extrínsecas, las pruebas intrínsecas y los sofismos de los racionalistas.

1.- LAS PRUEBAS EXTRÍNSECAS

Se trata, como comprenderá el lector, de los testimonios de la tradición a favor del cuarto evangelio. Es el más fuerte de todos los argumentos; basta con él solo y veremos que los adversarios de la autenticidad no podrán oponerle nada serio.

Dos observaciones preliminares: 1°. Como diremos más adelante, el evangelio según San Juan no apareció hasta el final del siglo primero de nuestra era. Los relatos de los tres sinópticos, notablemente más antiguos, se habían extendido pues por todas partes, cuando fue entregado a las manos de los fieles y habían formado la corriente de la tradición evangélica. Además, al ser más abstracta más íntima, menos episódica en el fondo y en

la forma, la obra de San Juan se prestaba menos a las citas y a los préstamos, sobre todo en una época literaria cuyas costumbres diferían mucho de las de hoy. Por este doble motivo, sería natural "a priori" que no se hubiera citado el cuarto evangelio con tanta profusión como los tres primeros.

2°. Entre las citas de los antiguos escritores eclesiásticos, debemos hacer una elección bastante restringida y dar los textos indiscutibles. Pero recordemos al leerlos que podríamos haber llenado más de veinte páginas y que sabios críticos los han estudiado uno por uno para demostrar su autenticidad o para estudiar su sentido o para responder a las objeciones de detalle que los racionalistas presentaban al respecto. En efecto paso a paso, por así decirlo, este terreno sagrado ha sido defendido contra las incursiones encarnizadas y reiteradas del enemigo.

Y ahora, situémonos en la confluencia de los siglos segundo y tercero. Inútil ir más abajo, porque los adversarios más ardientes del evangelio según San Juan admiten ellos mismos que a partir de esta época su autenticidad era universalmente admitida: la literatura cristiana del tercer siglo, con más razón que la del cuarto, abunda en testimonios tan claros, tan formales que no podría haber la menor duda sobre la fe de la Iglesia con respecto al punto que nos ocupa. Pues bien, es fácil demostrar que esta fe se apoyaba sobre una tradición casi tan antigua como la obra de San Juan. Entre los años 185 y 220 vemos que por una parte en todas las provincias eclesiásticas -en la Galia, en Cartago, en Asia Menor, en Egipto- por otra parte en el campo heterodoxo, nuestro evangelio es uniformemente tratado como canónico y atribuido al apóstol San Juan.

A. La tradición ortodoxa.- El historiador Eusebio es mucho más reciente que la fecha indicada; pero su autoridad es de extremado valor, porque poseía sobre estos tiempos antiguos conocimientos extraordinarios. Había leído todo, se había informado de todo; cita numerosos fragmentos de escritos que desaparecieron desde entonces; y expone con admirable fidelidad el resultado de sus lecturas. Ahora bien, salvo una divergencia que no tiene nada de serio, no ha encontrado nada que señalar contra la autenticidad del evangelio según San Juan. Es un libro univer-

salmente aceptado. Igualmente "se le debe admitir en primera línea, porque es conocido en todas las Iglesias que hay bajo el cielo" (Hist. Ecle. III, 24). Y sin embargo Eusebio no teme en ocasiones señalar las dudas que se habían producido aquí y allí con respecto a ciertos escritos bíblicos por ejemplo las de Dionisio de Alejandría con relación al Apocalipsis.

Orígenes cuyas célebres catequesis se remontan a los primeros años del siglo tercero, sitúa el evangelio de San Juan entre los cuatro "que son los únicos admitidos sin contestación en la Iglesia de Dios que esta bajo el cielo" (Hist. Ecle. VI, 25).. Hecho absolutamente incomprensible en caso de que el libro no hubiera sido compuesto más que hacia el año 150; porque entonces ¿cómo habría adquirido tan rápido tal autoridad?.

Antes de que Orígenes hablara así en Alejandría. Tertuliano hablaba en Cartago en términos análogos, que suponen también que San Juan era reconocido en todas partes como el autor del evangelio que lleva su nombre: «Declaramos primeramente que el texto evangélico tiene como autores a los apóstoles a quienes el propio Señor asignó la tarea de propagar el evangelio; y a los sucesores de los apóstoles, pero no solos sino en compañía de los apóstoles... y después de los apóstoles... Finalmente de entre los varones apostólicos Juan y Mateo nos introducen en la fe, Lucas y Marcos la confirman» (Adv. Marción, IV, 2)[2]. Y las numerosas citas que Tertuliano da del cuarto evangelio demuestran que se trata del mismo libro que leemos hoy todavía[3].

Volvamos a Alexandría. Clemente, maestro de Orígenes, que dirigía la erudita escuela de esta ciudad hacia el año 190, que había recorrido Grecia, Italia, Siria, Palestina, buscando por todas partes las tradiciones antiguas opone formalmente a los diversos evangelios apócrifos que circulaban entonces "los cuatro que nos han sido transmitidos[4]"; entre estas cuatro biografías auténticas del Salvador, señala del modo más explícito la del discípulo predilecto. "Juan recibió los tres primeros evangelios, y observando que recogían los hechos externos de la vida del Señor escribió un evangelio espiritual bajo el impulso de hombres eminentes de la iglesia[5]". Además Clemente de Alejandría no deja de añadir que obtenía sus informaciones de los "mayores que se remontaban

hasta el principio[6]" y en particular de su maestro San Panteno muerto en el año 189.

Pero en la misma época nuestro testigo principal es San Ireneo, este otro hombre de ciencia, que por su nacimiento pertenece a Asia Menor, donde había pasado su infancia, y en su madurez en la Galia, donde ejerció durante largos años sus funciones de presbítero y obispo. En su obra "Contra los herejes", publicada bajo el imperio de Cómodo, por consiguiente entre los años 180 a 192, cita más de sesenta veces el evangelio según San Juan y atribuye su composición al discípulo predilecto. San Mateo ha escrito la primera parte del "evangelio en cuádruple forma", San Marcos la segunda, San Lucas la tercera; "después San Juan, el discípulo del Señor, que reposó sobre su pecho, publicó también su evangelio, mientras vivía en Efeso, en Asia" (Contra las Herejías, III, 1,1). Y observad aún que San Ireneo se apoya constantemente sobre la tradición eclesiástica, en cuyo nombre habla y nunca en el suyo propio.

Y podemos remontarnos aún más atrás que Orígenes, que Tertuliano, que Clemente de Alejandría, que San Ireneo. Las simples cartas, los tratados cortos, los escritos fragmentarios que componen la literatura cristiana de los dos primeros tercios del siglo segundo nos permiten controlar las afirmaciones que acabamos de oír y ver su perfecta verdad.

Citemos en primer lugar, en las extremidades opuestas de la Iglesia, en Occidente y en Oriente, dos traducciones de la Biblia entera, que contienen la una y la otra el cuarto evangelio tal como lo leemos actualmente y que lo atribuyen al apóstol San Juan. Queremos referirnos a la "Itala" latina y la "Peschito" Siria, que existían ambas mucho antes del final del siglo segundo. "Está en uso entre nosotros" escribía Tertuliano sobre la Itala. En cuanto a la Peschito es probable que hubiera sucedido a otra versión siria aún más antigua[7]. Con toda seguridad el escrito original debía existir desde bastante antes cuando estas traducciones fueron compuestas.

En el "fragmento de Muratori" que nos ha conservado una preciosa lista de los libros que se organizaban en el canon de las Santas Escrituras durante la segunda mitad del segundo siglo lee-

mos las siguientes líneas: «Juan, del cuarto evangelio de los apóstoles. Animándole los otros discípulos y sus obispos dijo: "Ayunad conmigo hoy durante tres días y contémonos unos a otros lo que nos haya sido revelado a cada uno". Esa misma noche fue revelado a Andrés de entre los apóstoles, que, con conocimiento de todos, Juan escribiera todas las cosas en su nombre... ¿qué hay de extraño pues si Juan tan continuamente refiere cada cosa incluso en sus epístolas diciendo: "Las cosas que vimos con nuestros ojos y oímos con nuestros oídos y nuestras manos palparon, esa las hemos escrito?[8]". Así en efecto se declara por orden no sólo espectador, sino también oyente y escritor de todas las maravillas del Señor».

Hacia el año 177 las iglesias de Lyon y de Viena dirigían a las de Asia y Frigia una carta admirable, donde cuentan las persecuciones que Marco Aurelio les había hecho sufrir. Pues bien, esta carta toma dos citas del cuarto evangelio. "Teniendo al Paráclito dentro de él", dice de uno de los mártires. cf. Joan. XIV, 26. Y en otra parte: "Así se cumplía la palabra pronunciada por Nuestro Señor, que vendrá el tiempo en el que el que os quite la vida creerá rendir culto a Dios". cf. Joan. XVI, 2. Este segundo pasaje es extremadamente impresionante.

Sobre la misma época Teófilo de Antioquía citaba también de una manera aún más categórica un texto del evangelio según San Juan. Escribiendo a su amigo Autolico le señala en estos términos las primeras palabras del prólogo, Joan. I, 1: "Es lo que nos enseñan los santos escritos y todos los hombres animados del Espíritu, entre las cuales Juan dice: Al principio...[9]". Más aún, sabemos por San Jerónimo que Teófilo había reunido los cuatro evangelios canónicos en forma de concordancia (De Viris Ilustribus, 25).

Hemos dicho más arriba que San Polícrates, obispo de Efeso, otro contemporáneo de San Ireneo, menciona a San Juan como "aquel que había reposado la cabeza sobre el pecho del Señor" (Hist. Ecle V. 24). Pues bien ésta es una cita real aunque indirecta del cuarto evangelio: Hilgenfeld se ha visto obligado a reconocerlo.

Atenagoras en la apología que dirigía en el año 176 al